

Desde la Quinta de San Pedro Alejandrino

Brig. General LUIS ALBERTO ANDRADE ANAYA

Sin estridencias, iluminada por un sol tropical, reverdecida por los jardines que la circundan y engalanada con las banderas del Continente, la Quinta de San Pedro Alejandrino es el mejor lugar físico para introvertirse y repasar en la memoria la dramática trayectoria vital del héroe máximo de la epopeya americana.

Bolívar es, sin lugar a dudas, una figura singular de nuestra historia. Visto desde aquí, al pie del lecho que soportó la amargura de su agonía y a 150 años de su muerte, es una paradoja de los tiempos: los suyos y los nuestros.

En otros puntos de la geografía no es fácil comprenderlo. Pero aquí, en donde se resumen todas las fuerzas de su existencia, es más diáfano, más accesible al conocimiento y más cercano al

hombre que busca afanosamente interpretarlo.

Desde la Quinta de San Pedro Alejandrino, cabe reparar los caminos polvorientos de América que el Libertador recorrió en todas las direcciones: vencido o victorioso, perseguido o aclamado; siempre atropellado por el turbión de los acontecimientos que muchas veces lo precipitaron de la cima al vacío.

La obra de Bolívar estudiada con profundidad por autores de mucho mérito, controvertida en sí y por el enfoque personal que de ella hacen sus críticos, tiene entre sus cosas apasionantes el hecho de ser también una ininteligible paradoja.

Nacido en un medio feudal, declara la libertad de los esclavos. Educado en las cortes fastuosas de Europa, aborrece la Monarquía o

el Imperio; terrateniente burgués, sacrifica sus títulos y su comodidad a los azares de una lucha de dudoso final.

¿Qué razones existieron para que se sucedieran estos contrastes en la vida del grande hombre? Fue la suya una simple aplicación de los contrarios en la teoría de la lógica? ¿Fue quizás ese mito que las gentes han llamado "la locura del Genio"? ¿O fue una predestinación inevitable? Tal vez fue todo eso amalgamado y un poco de fatalidad en su destino.

Pero es lo cierto que la vida del afortunado y en veces desafortunado conductor, está saturada de episodios opuestos que van desde el esplendor de la Gloria hasta las sombras de la Ignominia, lo que se explica bien por las dimensiones de una obra como la suya, cumplida en las exuberancias del trópico y con la mano de los hombres casi siempre apasionados con él mismo.

Uno de esos episodios controvertidos, sobre el que se ha especulado extensamente y sobre el que se han lanzado tantas afirmaciones, es el del fusilamiento del héroe venezolano Juan Manuel Piar.

No estamos en esta ocasión para juzgar responsabi-

lidades, que ya lo ha hecho la Historia, sino que venimos simplemente a detenernos frente a uno de esos puntos cruciales que matizan de tragedia la existencia atormentada del caudillo.

El capítulo gris es bien sabido para repetirlo. De todas maneras, el Libertador, celoso de sus fueros como General en Jefe y urgido por la necesidad del "mando unificado", sancionó la sentencia del Tribunal que condenaba a Piar a ser pasado por las armas.

La paradoja en este caso reside en que este mismo hombre inflexible de la Guayana de 1817, había estado en la Nueva Granada en 1813 a las órdenes de Pedro Labatut; y allí en ese año, había desconocido la autoridad de aquél Comandante Militar.

El desenlace, sin embargo, no fue el mismo: Librada la "Campaña del Bajo Magdalena", Bolívar no solamente es confirmado en el mando de las tropas que vencieron desde Tenerife hasta Cúcuta, sino que a sus órdenes se colocan las gentes y las Banderas de Cartagena, de Tunja y de Santa Fe que quieren empeñarse en la aventura de la "Campaña Admirable".

Piar, díscolo, desobediente y altanero, es fusilado como un traidor luego de la conquista de Angostura y la derrota de Latorre en el combate de San Félix.

Las circunstancias políticas y militares del momento reivindicarán la causa de Bolívar, pero en el fondo de este hecho queda un hálito de la tragedia marcando un hito de su dramático itinerario por la Revolución, de la que él es su violencia y su fuerza.

No queremos ensayar en este boceto sentimental una defensa de su conducta, que no hace falta, pero como a través de este repaso fugaz de su vida se da uno cuenta de que el auténtico caudillo de un pueblo no puede librarse de las contradicciones en las asperezas y en las excéntricas de la lucha.

Por eso Bolívar, que fue magnánimo con otros, que ignoró las desobediencias de Páez, que llegó a perdonarlo en su alzamiento de 1826 en el que empezó a desmoronarse su obra de la Gran Colombia, no pudo en un instante de esa magnanimidad y de esa comprensión humanas de que hizo gala en otras veces, rescatar al patriota amarga-

do para salvarlo del patíbulo en 1817.

El, cuya autoridad había sido desconocida en ese mismo escenario de Angostura para fines de 1819, cuando circularon los rumores de su derrota en la Nueva Granada, y que absolvió a Mariño y a Arismendi, entre otros, no pudo sobreponerse a los imponderables políticos de aquellos días de la campaña en que la ambición de los Jefes subalternos iba desde la Isla de Margarita hasta las márgenes del Apure.

Y si continuamos acompañándolo en su peregrinaje por los senderos de su actividad militar y política, nos seguiremos tropezando contra una serie de detalles curiosos en los que se adivinan, sino por lo que se manifiestan, las fuerzas de un hado extraño u n c i d o inevitablemente a su destino.

En el año de 1813 lo encontramos firmando en Trujillo el célebre "Decreto de la Guerra a muerte", y en el mismo lugar, aún parece que en la misma casa, lo encontramos suscribiendo en noviembre de 1820 el de la "Regularización de la Guerra".

Este hecho aislado no pasaría de ser una simple casua-

lidad, pero unido a otros, se convierte en motivo de preocupación para el observador inquisitivo.

Por ejemplo, el Libertador saldrá siempre vencido en el desastroso sitio de la "Puerta" (febrero y junio de 1814 y marzo de 1818). Nunca podrá arrancarle un éxito al adversario en ese lugar, pero saldrá siempre victorioso en la "Llanura de Carabobo".

Ganará batallas militares desesperadas como las del "Pantano de Vargas" y "Bomboná" en las que el enemigo es formidable, y perderá las batallas políticas con sus amigos, que como en todos los tiempos, hoy son y mañana no parecen.

Formará pueblos libres donde antes reinaba la opresión, en una odisea casi inimaginable, y esos pueblos le negarán el tributo de su reconocimiento y llegarán hasta cerrarle sus puertas: las puramente físicas para vivir y las que él más estimaba: las del afecto.

Dispensará honores y rangos; hará prestigiosos a los hombres de su confianza; exaltará las virtudes de los demás con un calor que le es propio; disculpará muchas veces las debilidades y los

vicios de los que le rodean, y recibirá en cambio el atentado parricida que sólo su fortuna pudo frustrar.

¿No hay pues, en todo esto una permanente contradicción en la agitada vida del hombre público?

Pero acaso no queda ahí agotado todo lo que se puede examinar a la sombra de esta casona solariega que recogió su última y más significativa paradoja.

Sus enemigos sabían como cierto que Bolívar era más altanero y más soberbio en los momentos de sus derrotas, que en las exaltaciones de sus victorias. Y es evidente. En el Caño de Casacoima, acosado por el peligro, por las alimañas y las fiebres, sueña con llegar hasta el Potosí. Y en Pativilca, postrado física y espiritualmente; impotente casi ante la anarquía del Perú; tiene una sola meta: "¡Triunfar!" no otra cosa.

Nunca es más grande que en la desgracia. Su asombrosa actividad reduce las proporciones de sus derrotas, y cuando gana las batallas definitivas, otorga generosas condiciones al adversario y abrumba a los que antes parecía odiar con todas sus fuerzas.

Es visionario; pero al mismo tiempo tiene un enorme sentimiento práctico. Su espíritu profético resulta precisamente de las realidades que juzga. Su carta de Jamaica, como el epistolario a los Gobiernos del Continente en los preliminares del panamericanismo, están señalando la certeza de esa afirmación que concilia al caudillo puramente idealista con el verdadero conductor que penetra profundamente el alma de su tierra y de su raza para comprender exactamente de qué serán capaces.

Pero indudablemente el hecho singular de estas contradicciones de su vida, está aquí, bajo estos aleros que la tardía gratitud de la Nación ha consagrado a su memoria. Aquí, en esta Quinta de San Pedro Alejandrino, que recogió el epílogo de su existencia, él, Bolívar, el autor del espeluznante Decreto de "Guerra a Muerte", el intransigente negociador del armisticio de 1820, el autor de tantos libelos contra España, el que hizo prodigios en la revolución contra la metrópoli, viene a rendir su último aliento al amparo de la hospitalidad de Don Joaquín de Mier, un español de rancia cepa.

En el final de su carrera, el héroe a quien las muchedumbres enloquecían en las tardes de su gloria, a quien los poetas exaltaban como a una hechura sobrenatural, a quien los amigos de los días grandes adularan hasta lo ridículo, llega aquí sin patria, sin honores, sin brillo, acompañado de un pequeño reducto de leales, a cobijarse bajo la generosidad de un ibero.

Siempre este suele ser el destino de los hombres grandes. Las vanidades humanas sucumben y el rugido de las muchedumbres, ebrias por el frenesí de las victorias, se extingue pronto. Así fue también el final de Alcibiades el vencedor de Salamina, cuando sus compatriotas lo arrojaron al ostracismo. Mal pagó Roma a Julio César. Triste y melancólico fue el epílogo de Napoleón.

Pero Bolívar no ha llegado a este punto de su tránsito por el mundo de las ingratitudes sin que quiera dejar un documento grabado en piedra para la eternidad. Su última proclama está escrita sobre la losa de mármol blanca, pegada a la pared de la Quinta y a pocos pasos del lugar de su lecho:

“Colombianos: Habéis presenciado mis esfuerzos para plantar la Libertad donde reinaba antes la Tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aún mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí de que desconfiabáis de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado: Mi reputación y mi amor a la Libertad. He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del Sepulcro. Yo los perdono”.

“Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión. Los pueblos obedeciendo al actual Gobierno para librarse de la anarquía; los Ministros del Santuario dirigiendo sus oraciones al Cielo y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales”.

“¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria, si mi muerte contribuye para que cesen

los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.

¿Es ese tono desgarrador el del adiós de un hombre que fue la figura más deslumbrante de su época? No, ciertamente, desde el punto de vista de la lógica, pero sí, desde luego, en una existencia paradójica como la suya.

Para las generaciones militares que recibieron la herencia del prócer, no sólo en su legado de libertad sino también en las lecciones de su ejemplo, esa vida es la más dramática ilustración de lo que es el ejercicio de la vida pública, de los desengaños del poder, de la volubilidad de los pueblos.

En esta Quinta de San Pedro Alejandrino que no guarda sus restos pero es depositaria de su espíritu, hay un ambiente de tristeza que se confunde con el dolorido final del héroe. Corridas centuria y media después de sus hazañas, el recuerdo humanizado de su gesta y su tragedia nos enseña a nosotros y a las generaciones venideras, que los hombres, pero especialmente los caudillos, no deben enamorarse de la gloria.